El hijo de la noche

No tenía Luis García más patrimonio que sus desgracias, descompuestas así:
1. Deudas insolventes y, por ende, acreedores peligrosos: Turcos de los que dejan más y carecen tiempos a semanal: italianos "vencedores del Piave" y hermanos de Garibaldi; unos italianos indocentes que ni sabían aderezar tallarines.
2. Ignorancia, hijos del "Espartar", que le habían prestado dos pesos por su último prendero, evaluado en cincuenta.
3. Necesidad por cobrar, demasiado remotas.
4. Chismes de redacción, algunas bizarrías que acabaron por quitarle el trabajo, pero no así las ganas de comer.
5. Y último componente: hambre crónica.

No era Luis García un frescal avasallado; así había podido vivir como tantos otros que lo hacen en el nombre de la bohemia o de la pereza, desdibujada en excusa siempre capciosa.

Preocupaba café por la noche y por el día, café, medio olvido de su existencia. Empezaba a perder su conciencia moral y decente; no le preocupaba su traje que se llenó de botellas, que carecía de botones, que tenía una lustre brumífera, que amaba y arbitraria fecundidad.

Un día, el setenta de ayuno, sus rodillas y costillas se deshizo en humo, como cualquier relojador tranquilo y mostraron sus angulosaídas a través de la taza de la gastada y verde cola del traje. Por casualidad ese día pasó Luis por el Pasaje Mathe y vio su figura de Alonso Quijano reflejada en el "terce cristal", donde otro se veía la Venus palpitante y picarona...

Aunque su revelación, Luis García hizo su composición de lugar. No se quería convencer de que eso cabalga o amarillo sería el, Luis García, no, no era posible...

El, tan rosadito, de tan cordialidades melifluas, ahora esquemático, de pupilas crecidas y fibradas, de cara rana, y hiela. El, García, estaba tan indecente.

Convidado a su triste suerte, escapó del portal, a su paso lo mueve surtos de esos cepos, y se fué viendo multiplicada su figura de que la asentó en su cuarto sin libros, sin cuadros, sin nada, algo enterrado, (las tiranas no eran empeñables), dispuesto a no moverse de él en esa terrible figura.

Nada se le ocurria; buscó en su mente una solución. No la encontró. Ya nadie lo saludaba, y él no estaba dispuesto a pedir favor. Se miro los pies y rió del cómico aspecto de sus zapatos, que parecían una caricatura de Simón. Los zapatos viejos son inmortal, Nadie ha contado nada de los zapatos nuevos, Los zapatos de Tumburi, los de Sancho Panza, los de Fasquita, los de él...

Luis García tenía buen humor, sorrió.

Tenía tan terrible aspecto de espantachín que todos le huían.

Resolvió dormirse, y ya bocetaba risueñas imágenes...
Y el rostro creció bello, frescote.

Los padres lo exhibían orgullosos... indignándose con “justa razón” cuando el niño no era víctima de alabanzas.

— ¿Verdad que es lindo? —preguntaba a todos Luis.

Un día el hijito lindo no sonrió; sus mejillas ardían espantosamente; sus pupilas brillaban, y su corazón estaba febril.

— El niño está enfermo... —murmuró angustiada Laura.

— ¡Hay que hacerle remedios; que no se muera, que no se muera!

Pero aquellos seres pródigos, que vivían atropelladamente la vida entre sonrisas y besos, no tenían un centavo con que socorrer al hijito, al ser que, como un vaso raro, contenía sus dos almas.

Era un día de fiesta cualquiera; las agencias estaban cerradas, no funcionaban los dispensarios.

— ¿Qué hacer?

Luis se lanzó a la calle. Encontró a primer amigo; humildemente lo interrumpió:

— Oye, Gregorio, tengo al niño enfermo; es un niño tan lindo, tan inteligente, que si se muere, me moriré... —terminó vulgarmente.

— No será tanto... Juanito estuvo enfermo y lo alivié con unas lavitas de...

— Pero no tengo dinero... no...

— Escasa está la plata; yo tampoco tengo... Y escapó rápidamente.

Sintió deseos de llorar. Su pena era tan aguda que lo hizo perder la conciencia.

El remedio era tan fácil, costaba tan poco... y nadie, nadie quiso prestárselo nada...

— Parece que nunca han tenido hijos... —decía Luis.

Pidió aún más. A uno que tenía dinero y que no le prestó, lo golpeó brutalmente. Iba a volverse loco. gritaba terribles imprecaciones y lloraba a gritos.

Y toda la indiferencia de Santiago se rió de él.

— Con poco tiene, vecina; con cuatro pesos...

— ¿A qué horas llegaría Luis?

— Pero Luis no trajo nada...

— Lloró Laura, besando al niño, que era un trozo de carne candente que gemía, que imploraba, que moría...

— No vaciló más Luis. Apuntó en un papel los remedios y dijo a su esposa:

— Vamos a la botica.

— Pidió todos los remedios; se los dió a Laura diciéndole:

— ¡Corre, luego, ya!

— Entendió ella y partió a escape...

— Son cinco pesos —dijo el boticario.

— No tengo con qué pagarle este servicio que vale más que mi vida. Mi hijito lindo, una criatura bella e inteligente, moriría sin estos remedios. No podía comprarlos; se los pedí. Consédeme un plazo o mándame preso; haga lo que quiera. Yo quiero salvar a mi hijito lindo! —terminó llorando.

Y el niño se salvó, y hoy día es gran amigo del boticario que fue capaz de justificar su fruta del pobre padre inclemente, que no sabía amar a su hijito lindo, al que ningún egoista quiso salvar...